

PRONUNCIÉMONOS POR Y
CON LA VIDA

¿Y yo?...



¡PROTEGE MI VIDA!

**“Creo que si los países ricos permiten el aborto,
son los más pobres y necesitan que recemos
por ellos, porque han legalizado el homicidio.”**

Beata Madre Teresa de Calcuta

SUBSIDIO N° 4

La lucha de los primeros cristianos contra el aborto

**Parroquia Inmaculada Concepción
Monte Grande**

La lucha de los primeros cristianos contra el aborto

Somos muchos los que creemos que la causa de la vida no es ni eclesiástica ni siquiera estrictamente cristiana, y que desde el agnosticismo y el ateísmo, desde la simple teoría de los derechos humanos, existen, como desde el cristianismo, poderosas razones para pronunciarse por y con la vida.

Dicho esto, no sería justo dejar de reconocer que en esta lucha, la Iglesia católica ha dado la cara de manera tan valerosa como generosa, sin reclamar ningún protagonismo que siempre ha declinado en cuantos otros se han brindado a abanderar la lucha, y desinteresadamente interesada en el solo triunfo de la causa. Una causa en la que la mejor prueba de su fe, son los antiquísimos testimonios que los hombres de Iglesia han dejado desde los primeros tiempos del cristianismo.

Si bien es cierto que no existe referencia concreta a las prácticas abortivas en los textos del Nuevo Testamento, ello no ha de ser interpretado como indiferencia de los autores canónicos, sino más bien en el sentido de que la apabullante unanimidad existente en la comunidad cristiana al respecto, hizo innecesario ningún pronunciamiento. La **Evangelium Vitae de Juan Pablo II** lo refiere así:

“Los textos de la Sagrada Escritura, que nunca hablan del aborto voluntario y, por tanto, no contienen condenas directas y específicas al respecto, presentan de tal modo al ser humano en el seno materno, que exigen lógicamente que se extienda también a este caso el mandamiento divino «no matarás».” (Evangelium Vitae 61).

¿Recomendarías el aborto en esta situación?

El padre es alcohólico crónico, la madre se encuentra frecuentemente enferma. El matrimonio ya tuvo un bebé y éste murió poco después de nacer, ahora la madre esta embarazada de nuevo.

El resultado lo encontrarás en la próxima carilla.

El problema para la comunidad cristiana se plantea cuando con su crecimiento temprano y repentino, trasciende el ámbito cultural judío y entra en contacto con la cultura greco-romana, donde las cosas discurren de manera bien diferente:

“Desde que entró en contacto con el mundo greco-romano, en el que estaba difundida la práctica del aborto y del infanticidio, la primera comunidad cristiana se opuso radicalmente, con su doctrina y praxis, a las costumbres difundidas en aquella sociedad.” (Evangelium Vitae 61).

Empiezan entonces los posicionamientos de los primeros autores cristianos, cosa que ocurre sin ambigüedades ni demoras. El primero de dichos posicionamientos lo hallamos en la **Didaché**, texto que aunque sólo nos es conocido a través de una copia descubierta en 1875 en la Biblioteca del Hospital del Santo Sepulcro de Constantinopla, es tan antiguo que podría ser incluso anterior a los últimos textos del Nuevo Testamento. Pues bien, en él ya se dice:

“No matarás el embrión mediante el aborto, no darás muerte al recién nacido.” (Didaché 2, 2).

La **Epístola de Bernabé**, atribuido al compañero de Pablo, que podría datar de finales del siglo I o principios del II, emite una exhortación similar:

“No matarás a tu hijo en el seno de la madre ni, una vez nacido, le quitarás la vida.” (Epístola de Bernabé 19, 5).

La **Epístola a Diogneto** es un texto de alrededor del año 150 en el que su anónimo autor se dirige a un desconocido Diogneto, a quien le explica cómo son los cristianos, diciéndole de ellos lo siguiente:

“Los cristianos no se distinguen del resto de la humanidad ni en la localidad, ni en el habla, ni en las costumbres. [...] Todo país extranjero les es patria, y toda patria les es extraña. Se casan como todos los demás hombres y engendran hijos; pero no se desembrazan de su descendencia (abortos).” (Epístola a Diogneto 5, 5).

Y el «Apológico» de **Tertuliano**, uno de los grandes autores del primer cristianismo que vivió entre los años 155 y 222 aproximadamente, lo expone con meridiana claridad realizando incluso un pronunciamiento bien temprano en la historia, sobre el momento en el que, según él, comienza la vida:

“Los que los arrojan al Tiber; los que los exponen para que el hambre, los fríos y los perros se los coman o los maten; los que procuran los abortos, no negarán que los matan: sólo dirán que les dan la muerte más benigna que los cristianos. ¿Y no es mayor crueldad entregar un niño a un perro que a un cuchillo? Que hombres mayores, a quien en la condenación dejaron elegir el linaje de la muerte eligieron por más benigna la del hierro. A nosotros no nos es lícito no solamente matar hombres o niños, pero ni desatar aquellas sangres que en el embrión se condensan. La ley que una vez nos prohíbe el homicidio, nos manda no descomponer en el vientre de la madre las primeras líneas con que la sangre dibuja la organización del hombre, que es anticipado homicidio impedir el nacimiento. No se diferencia matar al que ya nació y desbaratar al que se apresta para nacer, que también es hombre el que lo comienza a ser como fruto de aquella semilla.” (Apologeticum, 9).

Nadie pues, que se precie de tener el nombre de cristiano, puede justificar, aprobar, legislar o colaborar, activa o pasivamente, el aborto. Es nuestro deber como cristianos combatir en la “guerra” por salvar a millones de inocentes. Ellos, los más inocentes, indefensos y débiles, no tienen voz, no tienen fuerza para oponerse a quienes desean asesinarlos. **Seamos nosotros la voz y la fuerza** que, como en el pasado, venzan la batalla por la vida, por la esperanza y por el amor hacia toda creatura humana desde su concepción.

Si tu respuesta fue sí, el mundo no hubiera conocido a **Ludwig van Beethoven**.

Encuentre este subsidio en: www.inmaculadamg.org.ar